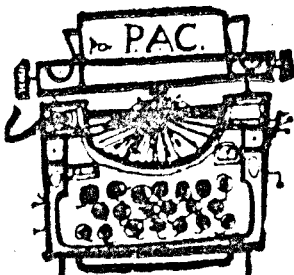


escrito a máquina

*Entre el
año pasado
y el año
que viene*



El animal vive su tiempo exacto. Está emparedado entre su nacimiento y su muerte. El hombre le roba tiempo a los muertos —al pasado— y a la muerte—, al futuro. El hombre ensancha desesperadamente los límites, los muros de su tiempo biológico. A través de lo que heredé, vivo en mi pasado, retiro hacia atrás ¿por cuántas generaciones? mi nacimiento. Así logro que “mi” tiempo no comience conmigo. Estiro mi estatura temporal. Me empino, me giganteo robándole a mis padres, a mis abuelos, a mis antepasados —¡cada día roba más pasado el hombre!— insaciable, quiere nacer con Adán, y más antes, con los homínidos, con el monito antecedente y su secreto.

El mismo esfuerzo hace el hombre por robar futuro. Realmente, como dice Garagorri “hacemos lo que hacemos en vista de un porvenir, es decir, de un futuro. A escala individual, ello es patente: la juventud se emplea en el aprendizaje de la profesión que define LO QUE LLEGAREMOS A SER; y la ancha zona central de la vida se emplea, cumpliendo proyectos de mayor o menor plazo, en ejecutar acciones que nos lleven, cada día, hacia el mañana que con ellas afirmamos”. Hasta hace poco, sin embargo, caminábamos a prisa, futureando, pero el límite oscuro de la muerte no nos hacía gracia y volteábamos la cara. Hasta hace poco, toda edad buena, toda edad mejor, toda edad de oro estaba en el pasado. Poco a poco el hombre (y sobre todo el hombre occidental) fue desplazando su idea de la Edad de Oro del pasado al futuro. No está mal el cambio. El hombre es el HEREDERO. Hereda recuerdo pero hereda más en la ESPERANZA. El hombre es un presente que incluye su porvenir pero limitadamente y sin echar a perder su misterio. El problema es no perder el equilibrio, hay que “guardar la proporción entre las dimensiones de pasado y futuro, de tal modo que el centro de gravedad repose, como en el hombre maduro —no en el futurismo juvenil, ni en el pasatismo senil— sino en un equilibrio que lleve el peso mayor sobre el presente”. Sin embargo, hoy día “el FUTURO MEJOR se ha convertido en la religión del mundo actual. Las frecuentes víctimas que se inmolan para su cumplimiento se contemplan como nuevos mártires de la nueva fe, y las brutales privaciones y violencias que los gobiernos planificadores imponen a los individuos se justifican como inevitables para acelerar o procurar la llegada de esa siempre imaginaria Edad de Oro, ahora desplazada al remoto porvenir”.

Y hay algo más grave. Cuando el FUTURO es sólo una cortina retórica para cubrir la falsificación del PRESENTE. Cuando el “año que viene” es solamente un espejismo de palabras en uso —robadas a la técnica, a la estadística, a la ciencia, y aun a la ciencia-ficción— para alienar al hombre del año que vive. Entonces el FUTURO MEJOR es solamente el alcahuete del PRESENTE PEOR.

Si proyectamos estos pensamientos de fin y de comienzo de año sobre Nicaragua, nos encontramos con un fenómeno singular. Nunca en nuestro país habíamos tenido un Gobierno que rindiera mayor culto al futuro. Este régimen ha sido montado totalmente sobre profecías. El año pasado se hizo todo en plan de año que viene —presente no tuvimos— y, después de navegar tan ilusoriamente en aguas futuras ¿dónde nos encontramos ahora?

Nada resume mejor nuestra posición que el reciente pacto que nos lleva a una Constituyente. ¿Qué significa esa medida política? —Que el país oficial no encontró salida hacia el futuro y vuelve al pasado. En vez de cambio, caemos en la copia. Las profecías —como las serpientes mitológicas— han acabado por morderse la cola. Ahora vamos hacia atrás. Nuestro futuro es el pasado.

Repetición.

Pero el gran obstáculo para esta operación es que la juventud no repite. Cuando esta Nicaragua —que equivocó su tiempo— se dirija hacia el pasado tendrá que encontrarse con la juventud (con sus propios hijos) que necesariamente se dirigen hacia el futuro.

Y esta es la peligrosa encrucijada hacia la cual avanza —ciegamente— nuestra Patria.

PABLO ANTONIO CUADRA